

# **ABRIR EL CORAZÓN DE LOS JÓVENES A LA EXPERIENCIA DE DIOS.**

**Francisco García Martínez**

*«Se trata de amor. Sin oración no amaremos a Dios con amor. Quizá seamos sus servidores o sus combatientes, o incluso sus discípulos, pero no seremos ni hijos amantes de nuestro Padre, ni amigos o amantes de Jesucristo». (M. Delbrêl)*

## **Introducción: ¿sabemos lo que sabemos?.**

1. De Dios todo el mundo habla, todo el mundo parece saber algo, pero Dios que es pronunciado de muchas maneras no coincide siempre con ellas. No toda afirmación sobre Él responde a una experiencia verdadera de su presencia, de su acción, de su ser. La acción eclesial tiene como centro la evangelización, es decir, el ofrecimiento de un acontecimiento de gracia que busca incorporar a todo hombre para darle la plenitud de la vida de parte de Dios. La Iglesia existe porque existe esta acción de Dios que se da a conocer como principio definitivo y pleno de vida para el hombre. Todo lo demás en la vida de la Iglesia es relativo a este principio.

2. Con motivo del cierre del jubileo y del inicio del tercer milenio la Iglesia era invitada en *Novo Milenio Ineunte* a adentrarse de nuevo y con verdad en el corazón mismo de Cristo, a contemplar con hondura su rostro. Para ello el Papa invitaba a retomar con seriedad el tema de la oración que “no puede darse por supuesta” (¡tampoco en los curas!). Es ella la que nos permite *permanecer en Cristo* (Jn 15, 4) y sin la cual “somos cristianos en riesgo”<sup>1</sup>. Por otra parte la oración cristiana no es identificable con la oración espontánea: necesita un aprendizaje. No coincide con las devociones, por el contrario no es extraño que las ponga en crisis de discernimiento (tanto a las personales como a las populares). Por eso sería un engaño creer que determinadas prácticas sociales o personales aún existentes o que renacen en momentos personales especiales definen a una persona como radicada en Cristo, incluso si éstas se hacen en un contexto y con lenguaje eclesial.

Unos años antes la Comisión Episcopal del Clero de la C.E.E., en el documento *Sacerdotes para evangelizar* (1987), situaba como la primera de las cinco líneas preferentes de acción pastoral “abrir el corazón de nuestros contemporáneos a la experiencia religiosa (...) frente a un estilo de vivir y pensar en gran parte ajeno a la realidad de Dios”. Se trata de lo que viene llamándose secularización y que afecta no sólo a los no creyentes, sino también y cada vez más la vida práctica de los que aún se consideran cristianos. Invitaba el documento a anunciar al Dios cristiano y no simplemente una divinidad difusa y sin voz, que nada aporta en la práctica. Resalta esta

---

<sup>1</sup> “Se equivocan los que piensan que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar la vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino ‘cristianos con riesgo’ (...) Hace falta que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral” (NMI, 34).

línea de acción la necesidad de una mistagogía en el interior de la catequesis. ¿Qué si no podría ofrecer?

Estos dos documentos nos invitan a centrar nuestra labor no sólo en el cultivo de una vida espiritual ya existente en la comunidad eclesial, sino a afrontar la nueva situación en la que esta experiencia de Dios parece haber desaparecido en cuanto experiencia del Dios cristiano o haberse debilitado en cuanto configuradora de la vida de muchos que aún permanecen en el entorno de la vida eclesial.

3. Sin embargo, la falta de experiencia no coincide con la falta de presencia de Dios. Y es esta confianza básica del creyente la que le lleva a no desesperar. *En Él vivimos nos movemos y existimos*, no como en un espacio neutro, inasequible y retraído, sino en su presencia de gracia que sostiene y ordena el mundo, que lo protege y que habita el corazón de cada hombre provocando las mejores posibilidades de su ser.

Nuestra acción parte de la convicción de que aun cuando el mundo se aleje de Dios, no puede alejar a Dios de él, y de que por muy lejos que el hombre escape, al volverse puede contemplar la cercanía misericordiosa del Padre que le espera y cuenta con él (Sal 139, 7-12). Como afirmaba Casiano: sólo hay que limpiar humildemente el corazón y la maleza que dejamos crecer en él con las inercias y decisiones erradas de la vida para que aparezca el camino de la vida y Dios en él como su compañero y origen.

4. Otra afirmación necesaria a tener en cuenta es que lo que los jóvenes piden y lo que necesitan no siempre coincide. Si parecen vivir, necesitar y exigir una exterioridad exuberante y presentista y una intimidad hiper-protegida por afectos inmediatos, quizá lo que necesiten es el encuentro con raíces fuertes a la vez que acogedoras, con proyectos que les exijan dar lo mejor hasta hacerles descubrir que pueden confiar en ellos mismos y ser libres y creadores de un mundo nuevo. Nuestra tarea se sitúa en este terreno intermedio en el que se nos pide ofrecer a Cristo como Camino, Verdad y Vida, como centro configurador de una libertad que dé sentido a la vida. Por eso hay que recordar que no se trata en primer lugar de hacer miembros de la Iglesia, o devotos de cualquier buena tradición religiosa cristiana, sino de que Cristo haga de ellos discípulos que vivan de su misma vida y así descubran su vocación y destino.

### **Interioridad y espiritualidad.**

La tarea de acompañante en la fe es abrir al joven a la experiencia de Dios, ahora bien, esta sólo puede darse, como norma general, con unos presupuestos que posibilitan el encuentro profundo, radical (en raíz) del joven con Dios.

1. El más importante de estos presupuestos es *el cultivo de la interioridad*. Se trata del espacio desde el que la persona percibe los acontecimientos exteriores e interiores a su vida con una cierta perspectiva que le permite no ser esclavo de ellos sino asumirlos con sentido. En este espacio nace la libertad y la responsabilidad y, por tanto, la forma real de ser uno mismo. Este espacio requiere silencio, reflexión, diálogo sobre uno mismo y asunción de la realidad (la buena y la mala de cada uno y del entorno). Es, podríamos decir, el espacio de la seriedad con uno mismo. Esta realidad está muy dañada en la generación joven (y en la adulta) por una cultura donde la rapidez y la banalidad se han apoderado de la percepción. Por eso el acompañante en la fe deberá ayudar pacientemente al joven a abrir este espacio interior y a hacerse dueño de él<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> “La mayor dificultad para la oración radica en la deshumanización de la vida. ¿Cómo va a orar una persona que no ejerce de persona, que vive instalada en la superficialidad, que no se encuentra personalmente con nadie, que no tiene tiempo para reflexionar y tomar conciencia de sí mismo y de su vida” (J. Martín Velasco)

2. Sin embargo, la misión del acompañante va más lejos. Intenta que en el joven encuentre en este espacio íntimo de su interioridad el amor de Dios que le constituye, que se confía a él y que le envía al mundo a bendecirlo con sus talentos personales; e intenta que este encuentro le haga descubrirse en su verdadera vocación. Esto es *la espiritualidad*. Es necesaria la paciencia y la exigencia. Tendremos que ser maestros de interioridad creyente sabiendo que no están lejos una de otra ya que -como decía Rahner- “cuando el hombre acepta su existencia con responsabilidad absoluta y busca y espera su último sentido con plena confianza, ya ha encontrado a Dios, lo llame como lo llame”; o como afirmaba S. Weil: “la atención es ya una forma de plegaria”.

### **Algunos problemas.**

Nunca fue fácil acercarse a Dios. Cuando esto sucede no es extraño que uno sólo se haya acercado a una imagen pobre e interesada de Él. Vamos a explicitar ahora dos problemas que se presentan a la hora de acompañar a los jóvenes hacia el misterio de la fe y que provienen una de su situación cultural y otro de nuestra propia vivencia espiritual. Se trata de valoraciones globales de la situación que quizá no afecten a todos por igual, pero que, según creemos, tienen un peso importante en este momento.

1. En primer lugar, los jóvenes están configurados por una cultura de bienestar que, en general, les ha tratado especialmente bien. Viven (y no son siempre responsables de ello) del principio de satisfacción rápida de sus deseos. Pocas cosas les han ayudado a comprender que los deseos no son siempre y de manera absoluta el marco de realización de la vida. Esto ha generado en ellos una relación con la realidad, definida por una posesividad inmediata. Todo lo deseado debe y puede -le diría su interior- ser mío y puede y debe satisfacer las expectativas que proyecto sobre ello. Sin embargo, esto no es así. El joven agota lo deseado en un momento y lo abandona inmediatamente si no encuentra algo que le mantenga en estado de expectación, de éxtasis. Se trata de aquel impulso que sienten algunos niños en torno a la Navidad que les hace centrarse más en abrir regalos compulsivamente que en pararse en ellos haciendo que el juego recibido aparezca en su verdad y en sus posibilidades cuando se le dedica tiempo. Esta situación refleja un sujeto que no ha descubierto que la realidad se entrega en la medida en que el sujeto se implica en ella. Esto hace permanecer al *joven como un espectador bulímico y frustrado*.

El acompañamiento debe centrarse en generar una pedagogía del camino, que enseñe a mantener el esfuerzo, y una pedagogía de la entrega que enseñe a comprometerse en pequeños gestos que le abran a lo que la realidad puede dar de sí. La vida y su sentido se abre sólo a quien se entrega esforzadamente a ella. En cualquier caso, la fe se nutre de este dinamismo del deseo siempre expectante y nunca satisfecho que debe ser utilizado. La fe no se cierra en un punto de llegada en la que queden agotadas sus posibilidades. Ésta es una de las dimensiones aprovechables por el acompañante<sup>3</sup>.

2. En segundo lugar, los que acompañamos vivimos en un momento pobre de vitalidad cristiana. Se percibe en nosotros un repliegue hacia la funcionalización de nuestras actividades, que se expresa en la falta de creatividad, la falta de testimonios fuertes o proféticos, la falta de exigencias a otros o unas exigencias teñidas de resentimiento o enfado, la falta de palabras donde los otros perciban en nosotros la

---

<sup>3</sup> “Los bienes materiales, cuando no se poseen, parecen los más preciados de todos; por el contrario, los bienes espirituales, mientras no se saborean, parecen irreales. Pero los gozos materiales, una vez experimentados conducen poco a poco al hastío; mientras que las realidades espirituales, una vez saboreadas, se muestran inagotables” (San Gregorio).

pasión de vida que genera Dios cuando se deja ser la raíz última de la existencia,... y, sobre todo, en el miedo a ofrecer la radicalidad del camino de Jesús como si hubiéramos perdido el convencimiento de que no hay nada mejor que vivir *en él*. Los jóvenes ven nuestras palabras como faltas de vida y extrañas a sus experiencias concretas (Claro que –todo hay que decirlo– cuando lo conseguimos no es extraño que se espanten y den un paso atrás).

El acompañamiento debe realizarse dejando que Cristo nos arrastre a donde Él quiera llegar, aunque a veces no estemos a gusto. Hemos de entrar en los problemas, las alegrías, las dificultades, los límites y las posibilidades... de los jóvenes para hablarles desde ellas. Pedro no sabía ni quería hablar a los gentiles que comían alimentos impuros hasta que Cristo en un sueño se los hizo comer. Y así puedo anunciar el Evangelio (Hch 11). Esto no significa terminar como esos adultos que a fuerza de querer acercarse a los jóvenes terminan por ser una especie de híbridos esperpénticos. Los jóvenes necesitan adultos en la fe que les acompañen comprendiendo su mundo.

### **El movimiento: ¿desde dónde y hasta dónde?**

1. El lugar de inicio del acompañamiento debe ser siempre *el interés por ver, descubrir, encontrar a Dios o a Cristo*. Sin él, toda acción quedara suspendida en el vacío, será inútil. Muchos personajes del evangelio recorren este camino (Nicodemo, el joven rico, la hemorroísa...). Este momento está sintetizado en el *queremos ver a Jesús* de los griegos que se dirigen a Felipe y a Andrés (Jn 12, 21).

Esta petición, sin embargo, no siempre es explícita. A veces requiere ser descubierta por el mismo joven que sabe que busca algo por que lo que vive no le satisface, aunque no sepa bien qué y además no tenga conciencia de su propio interés y del esfuerzo que requiere (Zaqueo aquí es paradigmático). Esto supone que habrá ocasiones en las que el lugar de inicio será una puesta en crisis de la vida del joven a través de preguntas, invitaciones a algo nuevo,... Siempre, eso sí, no desde la condena, sino desde las posibilidades que están inscritas en él y que parecerían perderse. Algunos afirman que no se ha de hablar tanto de ‘lo bueno’ (que estaría en la propuesta que hacemos) y ‘lo malo’ (su vida tal y como la viven), sino de ‘*lo que hay*’ y de ‘*lo mejor*’ a lo que estamos siempre llamados por Dios.

2. El lugar de término del acompañamiento son *las puertas del misterio*. No podemos dar la fe a nadie. Es Dios quien la otorga, nosotros acompañamos hasta ese lugar donde Dios y el hombre quedan cara a cara en la penumbra del misterio para hablar en intimidad de fe. En ese momento, que no dominamos y del que debemos respetar sus tiempos, aunque nos parezcan lentos o torpes en el joven, nuestra compañía es la oración por él. Se trata de *confiarles a Dios*: a) ofrecerles la presencia de Dios en nuestro testimonio de fe y dejar que ellos lo reciban, b) ofrecerlos a Dios y dejar que Él los modele.

3. Entre el ‘desde dónde’ y el ‘hasta dónde’ está el camino en el que el acompañante ayuda al joven a *leer la propia vida a la luz de la vida evangélica de Jesús* que, si es aceptado, terminará por hacerse encuentro personal de gracia y libertad. Este acompañamiento nunca termina, aunque después de la decisión firme de vivir la fe deba darse en una forma más igualitaria.

## **Mistagogía: la forma del movimiento es la quietud.**

1. Como indicábamos en el segundo apartado, el trabajo sobre la interioridad es fundamental a la hora de afrontar la configuración de una espiritualidad cristiana en el joven. Esto sólo es posible cuando el joven toma su vida en sus manos. Cuando se decide a ser él mismo. Esto sólo se puede realizar interrumpiendo el movimiento de la vida que de antemano tiene siempre decidido lo que se puede y se debe hacer en cada momento, sea lo que sea<sup>4</sup>.

2. El acompañante debe hacer que *el joven aprenda a pararse, escuchar su interior y afrontarlo*, cosa nada fácil en muchos casos por el miedo que provoca. Sólo cuando el acompañante está dispuesto a sostener al joven en esta lucha por acogerse a sí mismo podrá pedírselo. Además el acompañante deberá hacer que el joven aprenda a pararse, escuchar el mundo cercano y lejano y *responsabilizarse de lo escuchado*, igual de difícil, pues no siempre estamos dispuestos a acoger responsablemente las llamadas del mundo. Del mismo modo el acompañante no se lo pedirá si él mismo no quiere escuchar y responder viviendo cómodamente o incómodamente instalado en una vida intocable.

3. Este enseñar a mirar (hacia dentro y hacia fuera), a pensar, a recibir y a recibirse, a meditar, tiene diversidad de espacios: el silencio personal diario de la propia habitación, el diálogo sincero de grupo, la conversación personal con él, la atención a las noticias de los MCS, el esfuerzo por percibir lo significado en la liturgia y por incorporarse a ella interiormente,...

4. Pero *la mirada fundamental* que tendrá el acompañante que enseñar a percibir, aunque sólo el Espíritu podrá suscitarla, *será la mirada de Jesús, su voz, su presencia* en todos estos momentos. María en su propia casa y a los pies de Jesús, aprendiendo a discernir que es lo importante y cuando hay que hacerlo, disfrutando de su amor,... He aquí el paradigma (Lc 10, 38-42). Lo primero no es enseñar a lo jóvenes a hacer lo que hacía Jesús (no nos engañemos). No debemos tenerles de acción en acción al lado de Jesús sin mirarle el rostro. El reproche a Marta se volvería contra nosotros. No tengamos miedo al espiritualismo. Nunca los que han mirado a Jesús y le han abierto sinceramente su corazón han olvidado la voz suplicante del mundo y su misión en él. Si el joven deja entrar la mirada de Jesús en su interior aprenderá a mirar todo desde él. He aquí el reto.

## **Los lugares de la mistagogía.**

Hemos presentado el acompañamiento hacia la fe no sólo como tarea del presbítero, ya que este se realiza también por religiosos y laicos con una estructura similar. Hagamos por último un recuento de acciones que el acompañante está llamado a realizar para cumplir con su misión. Algunas de ellas serán comunes a todos y otras

---

<sup>4</sup> “Conviene advertir que orar es un ejercicio difícil. Si alguien cree que orar bien, orar en el sentido de entrar en un coloquio cálido y afectuoso con el Señor, un diálogo alejado de la rutina, un diálogo en el que entre en juego toda nuestra vida, con nuestros alegrías y penas, nuestros éxitos y fracasos, un diálogo que puede hacer que nuestra vida sea cambiada, trastocada, en el que podamos arriesgarlo todo... Si alguien cree que esto es fácil y se puede lograr en unos días está equivocado. Orar requiere haber orado mucho. A orar se aprende orando, como a andar se aprende andando. Pero aun esto no es suficiente. Es sólo lo que tenemos que poner de nuestra parte (tiempo, paciencia, perseverancia...). Pero del otro lado está el Señor, él lleva su tiempo, su ritmo que nosotros no conocemos ni podemos dominar. Lo anterior sea dicho como advertencia para que nadie se sorprenda” (P. Trillo-Figueroa)

serán propias del presbítero. Seguramente no tendrá que hacerlas todas y pueda haber alguna más. Son pistas concretas que pueden ayudarnos.

**1. La oración personal por el joven.** Sólo se puede acompañar a alguien hasta Cristo y no hasta uno mismo, si en la oración hemos aprendido a acogerle desde nuestro discipulado personal de Cristo que Él nos invita a compartir. Lo contrario haría que termináramos buscando acompañar nuestra propia soledad o reclutar para una Iglesia que se absolutiza a sí misma más allá de su misión para los hombres.

**2. La relación personal con el joven.** No podemos acompañar hacia la fe sin un diálogo personal previo que nos sitúe a ambos en una cierta amistad gratuita y no proselitista. Este diálogo deberá existir siempre en el presbítero aunque no sea el acompañante directo. En este caso, será para alentar, consolar, proponer... (el acompañamiento del acompañante será especialmente importante). Esta relación servirá de base mínima para la palabra y los gestos de fe que ofrecemos en la eucaristía que requieren una comunión íntima de todos los que celebran y que los jóvenes necesitan sentir en una forma más afectiva que la generación adulta.

**3. La propuesta de acciones concretas.** Sin ellas todo queda en nada.

Hay unas propuestas que se pueden hacer al grupo (en caso de que exista), aunque siempre debe permanecer el aspecto personal de las mismas. En concreto, hay que crear hábito de orar en grupo, de orar unos por otros, de orar como tarea personal que cada uno realiza individualmente apoyado por las orientaciones del grupo (temas tratados, métodos, material ofrecido...). Todo esto se debe hacer tema de conversación y revisión en el grupo para comentar los descubrimientos, las dificultades y así hacer que unos se apoyen en otros y el acompañante pueda orientar y hacer progresar ayudando en el discernimiento. El grupo puede tener una oracional común. Por otra parte es muy importante que el acompañante ayude a relacionar las experiencias o los temas tratados con la presencia de Jesús que ayuda a reconocer las huellas de la verdadera vida se ofrece como compañero y fuerza del camino y llama a la responsabilidad con el mundo.

Por otra parte, si no existe el grupo, el joven debe ser acompañado a través de un encuentro personal en el que se le ofrezca la posibilidad de leer su experiencia vital a la luz del Evangelio. Esta lectura no la debe hacer el acompañante. Su tarea consiste en ayudar a que el mismo joven la realice a través de la oración, de la lectura personal del Evangelio y la confrontación con su mundo interior y las llamadas de su entorno. Ofrecer algún método sencillo de oración, prestar o regalar algún libro, proponerle escribir un diario y hacerse un plan de vida con objetivos y acciones temporales,... son algunas posibilidades. Es importante ponerle en contacto con algún grupo para que no se sienta sólo en su búsqueda.

**4. La celebración cercana y significativa de la eucaristía.** Este ámbito pertenece esencialmente al presbítero como compañero en la fe. El joven necesita (aunque no sólo él) sentir que lo que sucede en este rito es su propia celebración de fe y de vida. Esto sólo se dará si el joven ha sido educado en el significado de los gestos de la eucaristía y si estos gestos, en su forma expresiva y en la medida de lo posible, se aproximan a su existencia. En este sentido la homilía es un momento muy importante: recoger la vida del joven (como de los demás miembros de la comunidad) e iluminarla desde el fondo de vitalidad divina que la sostiene, desde la compañía de la misericordia de Dios y su palabra alentadora y provocadora, desde el futuro abierto y plenificador al que está llamada, desde las exigencias de la propia vocación de elegido... He aquí la tarea de acompañar la interioridad creyente del joven. Por otra parte, el respeto, el recogimiento y la ternura con que se recibe y se ofrece la comunión son una de las formas de invitación más expresivas del presbítero para fijar la vida del joven en Cristo.

**5. La creación o puesta en conocimiento de tiempos y espacios de oración para el joven.** No siempre pueden o deben ser sólo para ellos, a veces serán parroquiales... En cualquier caso, deben existir. La oferta de tiempos comunitarios de oración dirigida (desde un rato a la semana o al mes, hasta ejercicios espirituales...) o de espacios de oración: un oratorio, una Iglesia abierta, una vela que se regala como invitación a hacer un 'oratorio' personal en su cuarto, una hoja con indicaciones para rezar un rato... , todo esto debería ser práctica habitual.

### **Por último...**

... volvemos a repetir lo indicado: no somos nosotros los que damos la fe al joven. Ésta depende del don de Dios y de sus propias disposiciones. Esto supone que a veces no aparecerá, sin que sepamos decir el porqué. Esta situación deberá ser respetada sin ser juzgada o condenada. En esta situación, todavía queda seguir acompañando por una parte con la oración por él y, por otra, haciéndole saber nuestra disposición permanente a acogerle si en algún momento se hiciera preguntas, quisiera buscar...

No hay que extrañarse si nuestra compañía, por bien que creamos que está realizada, no consigue su objetivo. Antes que nosotros ya Pablo escuchó el “*de esto te oiremos en otra ocasión...*” (Hch 17, 32) y, aún antes, el Maestro vio como muchos se apartaron de él (Jn 6, 67). Quizá los verdaderos acompañantes sean los que sin frustrarse por no convertir a los que sienten que han sido puestos en sus manos, permanecen como testigos infatigables de una presencia de vida que les desborda y que no es sino la salvación de Dios que atraviesa la vida de los hombres aun cuando éstos no la perciban ni siquiera cuando les sostiene.

### **Para el trabajo en grupo.**

1. ¿Crees que la situación juvenil de déficit de la interioridad es distinta a la que se da en las generaciones adultas? ¿En qué sí y en que no?

¿Qué acciones eclesiales (parroquiales, de grupos...) existen para paliar este déficit? ¿Cuál crees que podrían realizarse?

2. ¿Qué piensas de los dos problemas que se mencionan en el texto? ¿Cómo te sientes afectado por ellos?

3. ¿Crees que el tema de la mistagogía, de la iniciación a la experiencia relacional con Dios, está suficientemente presente en nuestra pastoral juvenil? ¿Qué datos te hacen afirmarlo y qué datos te hacen negarlo?

4. ¿Hasta qué punto crees que “damos por supuesta” la experiencia de Dios y de la oración en los jóvenes? ¿Qué consecuencias piensas que puede tener en nuestra pastoral la respuesta afirmativa o negativa que damos, muchas veces inconscientemente, a esta pregunta?

### **Bibliografía sencilla y asequible para jóvenes sobre la oración**

- C. FLIPO, *Invitación a la oración*, Sal Térrea.
- *Diez recursos para orar*, Monte Carmelo.
- M. OLIVA, *Libres para orar, libres para amar. Crecer en oración y compasión*, Narcea.
- *Oraciones para jóvenes*, Centro de Pastoral litúrgica (pequeño oracional)

**Publicado en** Materiales para la formación permanente del Clero, Diócesis de Zamora 2005-06.